

La Suprema victoria

Por Jaime Guzmán Errázuriz

Ninguna filosofía o ideología ha sido ni será nunca capaz de brindar al hombre una explicación satisfactoria acerca del sentido del dolor y de la muerte. Tampoco sobre las raíces más hondas del mal moral y el modo de vencerlo definitivamente. Ante esas realidades dramáticas y radicales de nuestra existencia, se han estrellado hasta las más ambiciosas utopías.

El cristianismo tiene, en cambio, la respuesta verdadera e integral a esas interrogantes que suelen angustiar al espíritu humano. Y la posee en la persona de Cristo resucitado. Por eso, los cristianos celebramos hoy nuestra fiesta más importante.

San Pablo llega a decir que "si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe" (1 Cor. 15, 17). Y añade: "Pero no; Cristo ha resucitado como primicia de los que duermen". (1 Cor. 15, 20). Es con su Resurrección que Cristo confiere la plena eficacia redentora a su Pasión y Muerte en la cruz.

Para entenderlo debidamente en la perspectiva cristiana, es necesario tener presente que el mal, el dolor y la muerte son tres realidades íntimamente ligadas. Más precisamente, por el pecado entraron el dolor y la muerte en el mundo.

En efecto, conforme al plan original de Dios, el hombre fue creado inmortal. Estaba llamado a una existencia humana siempre placentera y sin término, como rey de una creación que le estaba sometida.

Sin embargo, la rebelión de soberbia frente a Dios en que -instigados por el demonio- cayeron nuestros primeros padres, alteró los planes divinos e introdujo un desorden profundo en la creación.

Como consecuencia de ese pecado original, el hombre pasó a ser mortal. Asimismo, su vida quedó



signada por el sufrimiento de una creación que se le volvió hostil, afectándolo con enfermedades o agresividad de las bestias y de los elementos físicos.

Por último, la naturaleza humana caída quedó propensa a las seducciones del demonio y del pecado, que llevará a San Pablo a lamentarse de que "no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero". (Rom. 7, 19).

Es todo eso lo que el Hijo de Dios viene a derrotar. Al asumir la naturaleza humana junto a su naturaleza divina, a través de la Encarnación, al morir en la cruz y al resucitar triunfante, Cristo vence al demonio y al mal. De consiguiente, también a la muerte y al dolor.

Cierto es que aún tendremos que sufrir. Pero asociado a la Pasión de Cristo, nuestro dolor adquiere fuerza redentora para llevarnos a la gloria en la vida eterna.

Cierto es que aún quedaremos sometidos a la muerte. Pero ella será sólo transitoria, porque también nosotros resucitaremos con Cristo al fin de los tiempos, para que nuestro cuerpo se una a nuestra alma siempre inmortal.

Cierto es que aún estaremos expuestos a caer en pecado. Pero desde ya podemos evitarlo a través de la Gracia de Dios y alcanzar así su eterna contemplación en el cielo después de nuestra muerte.

De allí que San Pablo diga también que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom. 5, 20).

Los cristianos aguardamos -además- la segunda venida de Cristo, en gloria y majestad, a consumir la plenitud de Su Reino, poniendo fin a la Historia. Y entonces sí que terminará para siempre todo dolor, toda muerte y todo poder del demonio y del mal.